

La eucaristía me convirtió.

Cuando me arrodillaba en la catedral de San Pedro en la actividad diaria de la Misa, mi corazón luchaba para saber lo que Dios quería que yo hiciera. El año pasado ha abierto mis ojos a las bellezas de la Misa y de las verdades de la fe católica, pero yo no podía convertirse en un católico. ¿Cómo podría renunciar a lo que había trabajado tan duro para lograr? Ahora que era exitoso en lo que yo siempre había querido hacer, ¿no sería absurdo dejar todo esto? ¿Y si mi mujer no puede o no quiere seguir en mi camino espiritual, hay que poner en peligro mi matrimonio o poner a nuestros niños en la confusión? Yo simplemente no sabía qué hacer o donde iba yo a llevar mi vida.

Ese día la Misa era el mismo que yo había llegado a conocer que durante el año pasado. Lo que había parecido raro y extraño era ahora precioso y acogedor. Tan acogedor que me sentía como si un gigantesco imán me atraía hacia algo mucho mayor que yo. Cuando llegamos al Rito de la Comunión, el sacerdote levantó la hostia a la vista de todos y dijo estas palabras, "He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. ¡Dichosos los que se llegan a su cena! "

¿Cuántas veces que había visto antes esta hostia? ¿Y cuántas veces había creído esas palabras con mi mente?

Pero hoy fue diferente. Cuando miré la hostia en las manos del sacerdote, las palabras fluyeron de mi alma hasta llegar a mis labios. Con un pequeño susurro me dije, "Creo realmente esto. Este es verdaderamente el Hijo de Dios, el Cordero del sacrificio que quita mis pecados." Con un nuevo y más profundo significado que he dicho con la congregación, " Señor, no soy digno de recibirte, pero sólo decir la palabra y voy a ser sanado". A medida que me fui de San Pedro en Yac-son, Mi-si-si-pi ese día, sabía profundamente en mi corazón de que algún día yo tenía que ser católico.

Ese día fue una culminación y un comienzo. Yo había estado estudiando intensamente la Eucaristía durante unos dos años. Yo había llegado a creer que Cristo había tenido la intención de sus palabras, "Este es mi cuerpo" para ser tomada en serio y yo sabía que la fe cristiana no es una teoría académica, sino algo que debe ser continuado y seguido con todo el vigor que pudiera.

Desde 1988, yo había sido profesor en un seminario presbiteriano. Diez años antes, había sido ordenado ministro presbiteriano después de terminar la universidad y seminario. Durante esos diez años, mi esposa y yo fuimos los destinatarios de tres maravillosos regalos: Rebeca, Colin, y Raquel. Esos mismos años nos habían visto movernos ya que yo era pastor de dos iglesias, una en Florida y una en Indiana. Mi labor más intensa en ese período, sin embargo, fue la obtención de un doctorado en lingüística. Al término del Doctorado El pastor de mi niñez, que ahora era decano de un seminario presbiteriano, me

llamó y me preguntó si tenía interés en la enseñanza de idiomas y literatura bíblica en su escuela de graduados de teología. A medida que nuestras cosas eran empacadas en agosto de 1988, yo estaba cada vez más convencido de que estaba a punto de hacer exactamente lo que había querido hacer toda mi vida. Quería enseñar a los jóvenes, hombres y mujeres que se preparan para las diversas formas de ministerio en la tradición presbiteriana. Convertirme al Catolicismo fue la cosa más lejana de mi mente.

Nací y crecí en Tampa, Florida, el tercero de cuatro hijos. Mis padres nos criaron en la iglesia presbiteriana y yo participaba activamente en un vibrante grupo de jóvenes durante mi adolescencia. En mi último año de la escuela secundaria tuve una verdadera experiencia de conversión. A partir de ese momento, yo estaba decidido a convertirse en un ministro presbiteriano aunque mi inclinación intelectual siempre sugirió un llamado académico como teólogo. Asumiendo mi inclinación y las facilidades para el aprendizaje de idiomas vi la confirmación de la llamada, pues sabía que ser teólogo necesitaba estar familiarizado con los idiomas antiguos. Durante dos años asistí a la Covenant College, una experiencia que profundizó mi vida espiritual considerablemente. Yo estaba rodeado de devotos cristianos que conocían bien la Biblia. Todos mis profesores me motivaron a estudiar la teología. Lo que es más importante, conocí a mi mujer de veinte y ocho años en el primer día de nuestro primer año de estudio. No me fue difícil enamorarme de Sharon Canfield y su familia.

Después de estar separados durante los dos últimos años de nuestra carrera universitaria, Sharon y yo nos casamos el 21 de diciembre de 1974 en la iglesia presbiteriana más grande en la Florida, la iglesia presbiteriana Córál Rid-ye. Durante los años siguientes, Sharon resultaría ser tan hermosa por dentro como era en el exterior. Como todas las parejas casadas que tuvimos nuestros momentos, pero su fe, su gran personalidad, y su tierno amor probaron ser la fuente de la fortaleza que tan desesperadamente necesitaba.

Cuando ahora miro hacia atrás, veo que ella era una mujer mucho mejor para mí de lo que yo era de esposo para ella. En formas que entonces no podía expresar, con su ejemplo de fidelidad que me enseñó casi imperceptiblemente la forma de seguir a Cristo. Durante el tiempo de mi ministerio pastoral, Sharon dio libremente de su tiempo y esfuerzo para apoyar y apuntalar mi trabajo. Muchas de las personas que de otro modo habrían perdido mi influencia se las ganó por su manera suave y amorosa. Y ella estuvo feliz cuando nos mudamos a Mi-si-si-pi en 1988, porque sabía que la enseñanza en la educación superior es lo que siempre quise hacer.

Un corazón católico y cabeza protestante

Durante estos años de ministerio pastoral (años 1978 al 1988), dos eventos importantes se destacan que serían precursores de mi futuro viaje a la Iglesia Católica. El primero fue un sermón que prediqué en la Iglesia Presbiteriana de la Esperanza en Brádenton, Florida. Un

domingo, yo estaba predicando sobre el Salmo 100 y me centré en las palabras del versículo cuatro: Entren por sus puertas dando gracias, en sus atrios canten su alabanza. ¡Denle gracias y bendigan su nombre! Siempre he anhelado que mi congregación comprendiera la verdadera naturaleza del culto cristiano, yo les pedí que cerrar sus ojos e imaginar a sí mismos en el cielo con Dios. Allí se encontrarían una compañía de innumerables ángeles. Y también se unirían con todos los santos, con los cristianos de las generaciones pasadas que han servido a Dios fielmente.

Ellos deberían imaginarse escuchando el incesante canto de alabanza y elogió el Rey de reyes y Señor de señores. Entonces, les pedí que imaginaran el techo de nuestra iglesia y de la apertura de esta multitud celestial de ángeles y santos descendente en medio de nosotros. Esta unión del cielo y la tierra, les dije, es la esencia del culto cristiano. En ese momento no tenía ni idea de que esta comprensión del culto fuera la enseñanza de la Iglesia católica sobre la Misa. Pensé que la única forma de poder nosotros los cristianos a la experiencia de este tipo de culto era sentirlo profundamente en nuestros corazones.

El segundo evento fue una conversación que tuvo lugar en torno a 1986. Una pareja de católicos asistían a nuestra iglesia presbiteriana en Blumington, Indiana durante algún tiempo. Creo que fue debido a que gozan de mi enseñanza de la Biblia, así como la amistad que mi mujer había desarrollado con la esposa. Cuando visité en su casa una noche, me dijeron que eran católicos y que ellos iban a misa cada semana, y también asistían a nuestros servicios de

culto. Cuando me enteré de esto, respondí diciéndoles que los presbiterianos eran católicos también. Estaban desconcertados. Yo pasé a explicar que en el corazón de la Reforma protestante la pregunta era: "¿Quiénes son los verdaderos católicos?" Yo les dije que fueron los católicos romanos los que se alejaron de la antigua fe católica. Yo les di la versión de la historia que yo había aprendido en el seminario. El propósito de la Reforma no fue romper, sino llevar de nuevo a la iglesia a su propósito original de la predicación del Evangelio. Los primeros siglos del cristianismo fueron más como las iglesias evangélicas actuales que la actual Iglesia católica romana, insistí. Si quieren ser fieles católicos, que deberían convertirse en presbiterianos. Eso fue lo que San Pablo y los otros apóstoles han enseñado. El Calvinismo, como un prominente teólogo presbiteriano lo dijo, era cristianismo puro. Sinceramente creía que católico, y que estaba siguiendo los pasos de San Pablo en la línea de los verdaderos creyentes en la iglesia primitiva como San Agustín. Yo no despreciaba a la historia iglesia, antes me sentía honrado de ella. Sólo más tarde me vine a dar cuenta de que lo que me honraba era la versión protestante de esa historia. En mi corazón, yo quería ser un verdadero católico, pero las creencias en mi cabeza no me permitían.

Explorando la Eucaristía

Hacia 1990 comencé a enseñar un curso en el Seminario Teológico Reformado llamado "Exégesis Bíblica avanzada", el cual me era permitido organizar de manera que yo quisiera. Siendo que los sacramentos normalmente

desempeñan un papel menor en las iglesias Presbiterianas, yo quería que mis alumnos tuvieran una apreciación más profunda de la Cena del Señor, el nombre que recibe la Eucaristía en la mayoría de las tradiciones protestantes. Mi intención original nada tenía que ver con llegar a ser católico. Simplemente quería explorar los fundamentos bíblicos e históricos de este sacramento. Durante el curso mis estudiantes y yo traducimos partes importantes de las Escrituras del hebreo y el griego. Leímos la historia de la doctrina cristiana sobre este sacramento. Empezamos con los primeros Padres de la Iglesia, como Ignacio de Antioquía y Justino Mártir. Leímos los teólogos medievales, como Tomás de Aquino y Buenaventura. Leímos luteranos, calvinistas y católicos modernos. El último documento histórico que leímos fue del Papa Pablo VI, leímos de la encíclica sobre la Eucaristía titulada *Mysterium Fidei*. El efecto de esta investigación y la docencia fue totalmente inesperada.

Yo ahondé sobre los antecedentes históricos de la institución en los pasajes de los evangelios (Mateo 26, Marcos 14 y Lucas 22). He llegado a la conclusión de que era imposible descartar la idea de sacrificio de la Eucaristía. Yo sabía que la tradición Reformada había rechazado la Misa como un verdadero sacrificio, ya que había visto la Misa como en competencia con el único sacrificio de Cristo en el Calvario. Además, vine a ver que Pablo había mencionado el culto cristiano como un sacrificio cuando dijo en I Corintios 10:14-16, “Por eso, hermanos muy queridos, huyan del culto a los ídolos. Les hablo como a personas

inteligentes: juzguen ustedes mismos lo que voy a decir: La copa de bendición que bendecimos, ¿no es una comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es una comunión con el cuerpo de Cristo?" Este texto fue en el contexto de Pablo hablando de comer comidas de sacrificio en los templos paganos. Su exhortación a no participar en esas comidas se basó en el banquete eucarístico. Esto es, Pablo estaba diciendo que los cristianos teníamos nuestro propio banquete sacrificial. Me preguntaba cómo mi propia tradición reformada podría rechazar la asociación con el sacrificio de la Eucaristía, si es tan profundamente implicada en los textos bíblicos.

Lo que sobre todo me impresionó profundamente era como los primeros documentos cristianos sobre la Eucaristía enseñaban mucho de lo que enseña la Iglesia Católica de hoy. Como ya había traducido los capítulos 9 y 14 de la Didagé para mis estudiantes, vi al autor vinculando la Eucaristía a la oración por la unidad cristiana, "Como este pan ha sido disperso por los montes y reunido en uno solo, así permite que Tu iglesia se reúna a partir de la Cuatro esquinas de la tierra en Tu reino. "

La analogía entre el trigo se reunido en uno solo y la unión del pueblo de Dios en su reino eterno que me sugirió que, a principios de la práctica cristiana de la Eucaristía tenían, cuando participan en ella la aspiración a la unidad. Desde mis días en la universidad me había preocupado por la desunión y los desacuerdos entre mis amigos protestantes. En la lectura de Juan 17 sabía que Jesús quería a su pueblo que se una en comunión con el Padre. Pero los cristianos

estaban tan divididos; creían en diferentes doctrinas, se reunían en diferentes formas, las celebraciones eran de diferentes formas, tenían posturas morales diferentes. Algo tenía que estar equivocado.

La Didagé también agarró mi atención en otro sentido. Es común entre los evangélicos de hoy para permitir que todo aquel que profesa ser un cristiano a recibir la comunión a pesar de que esa persona no es un miembro del servicio de la iglesia. En este 9^o capítulo, el autor dice: "Que sólo los que son bautizados en el nombre del Señor coman y beban su Eucaristía." Dado que sólo hay una Iglesia real en ese momento, esto significaba en el sentido de que los líderes de la Iglesia tenía un Obligación de velar por que los comulgantes que eran miembros de la Iglesia verdadera. Este tipo de cuidado pastoral, una vez común era común en las iglesias protestantes, está ahora casi totalmente ausente. La diferencia entre el evangelicalismo contemporáneo y el cristianismo antiguo me impresionaba más y más cada vez.

En este punto de mi viaje de los diferentes aspectos de la fe cristiana estaban comenzando a unirse en un todo coherente. En primer lugar, me empecé a darme cuenta que mi deseo de ser verdaderamente católico no se cumplía en mi experiencia evangélica estadounidense, ni siquiera en mi Reformada herencia. Lo que había expresado a la pareja católica en 1986 de nuevo regresaba a mí y me perseguía. Si mi deseo de seguir a la antigua fe católica dentro de los confines de Presbiterianismo, entonces ¿por qué la tradición reformada rechazaba el carácter sacrificial de la

Eucaristía que estaba implícita en los textos bíblicos y yo estudiaba? ¿Y por qué los primeros documentos cristianos, como la Didagé e Ignacio de Antioquía parecen tener una visión de la Eucaristía que está más cerca de la religión católica que a mi Reformada herencia? Por ejemplo, ¿cómo podrían San Ignacio de Antioquía decir, "la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, que sufrió por nuestros pecados y que el Padre en su bondad perdonó?" Yo estaba empezando a dudar de que mi comprensión precisara de los principios de la historia cristiana.

Una segunda cuestión vino de nuevo a mi cabeza. Empecé a ver que la unidad de los cristianos está íntimamente relacionada con la Eucaristía. En 1 Corintios 10:16 Pablo hizo esas dos preguntas que he citado anteriormente ("La copa de bendición que bendecimos, ¿no es una comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es una comunión con el cuerpo de Cristo? "). Él sigue en el versículo 17 al decir: "Como uno es el pan, todos pasamos a ser un solo cuerpo, participando todos del único pan." Aquí Pablo parece enseñar que es la Eucaristía que da la unidad entre los creyentes. Este era un concepto relativamente nuevo para mí, pero me hizo recordar el sermón que prediqué años antes. Si verdadero culto cristiano fue una unión del cielo y la tierra, y si la Eucaristía es el centro de culto cristiano, como se da a entender en el Didagé, entonces eso significa que no puede haber verdadera unidad sin la Eucaristía. Además, la unidad que propugnan estos primeros cristianos no era un sentimiento

general de amor de los unos por los otros, sino una unidad sacramental y de organización.

Esto parece confirmado por San Ignacio de Antioquía, quien dijo varias veces en sus cartas que la Eucaristía válida sólo puede ser tenida al estar en unión con el obispo. Hablando de los que tenían enseñanzas heréticas, Ignacio incluyó sus puntos de vista de la Eucaristía. Él habló de la "sentencia de los que no creen en la sangre de Cristo." Sus pecados eran dos: la herejía y el cisma.

Ellos se abstienen de la Eucaristía y de momentos de oración, porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, que sufrió por nuestros pecados y que el Padre en su bondad nos levantó. Aquellos que se oponen al don de Dios con sus controversias morirán.

Estos primeros líderes cristianos no perdían el tiempo en de palabras. Ignacio parece un claro testimonio de la temprana creencia en la presencia real de Cristo. Si los primeros documentos cristianos dan fe de la creencia en la presencia real, juzgaba, ¿cómo podría mi tradición Presbiteriana verdaderamente representar la antigua fe cristiana? Creyendo en la presencia real corporal de Cristo me vino otra pregunta. ¿Dónde puedo encontrar esta Eucaristía? ¿Podría encontrarla en la iglesia presbiteriana o es que se encuentra en otra iglesia?

¿Dónde puede un válido Eucaristía se encuentra?

Durante el año, o que asistí a la Misa católica casi a diario - antes de ese día de la epifanía que he descrito atrás - yo estaba en búsqueda de una respuesta a esta pregunta. ¿Qué Iglesias tienen una Eucaristía válida? ¿Todas? Si sólo algunas, ¿cuáles? Y ¿cómo reconocer una Eucaristía válida de una que no es?

Al comienzo de mi estudio hubiera querido saber qué diferentes iglesias enseñan acerca del sacramento, pero ahora yo quería saber qué había iglesias tenían esta presencia real no importa si lo creían o no. Convencidos de que tenían la presencia real no significa que realmente que tuvieran la verdad. Razonaba muy naturalmente, que esas iglesias que no enseñan la verdadera presencia corporal de Cristo, probablemente no la tenían.

¿Cómo podemos saber si una determinada iglesia tiene una Eucaristía válida o no? Esa era la pregunta que ahora golpeaba el interior de mi cabeza. A partir de mis estudios yo sabía que sólo tres o cuatro iglesias realmente cree en la presencia corporal de Cristo: la luterana, la anglicana, la ortodoxa y la católica. De estas cuatro, la más objetable en mi comunidad presbiteriana era la Católica. No podía ser luterana porque excluiría parcialmente mis creencias.

Siendo que en las tradiciones ortodoxa y católica no había ninguna duda, seguía siendo sólo una opción. Durante el mismo año en que asistí a la Misa Católica y también asistí a la Eucaristía en la iglesia anglicana tradicional todos los viernes. Yo estaba fuertemente tentado de convertirse en un anglicano, sobre todo cuando el párroco de esta iglesia

me sugirió que podría convertirse en sacerdote anglicano sin mucha dificultad.

En festividades especiales como Semana Santa, llevé mi familia a la Catedral Episcopal, en el centro de Yac-son, Mi-si-si-pi donde encontré hermosas liturgias que me tentaron aún más. Tan fuerte fue esta atracción que un día tuve una conversación con el Presidente de mi seminario que se había dado cuenta de mi peregrinaciones y me pidió que le contara. Como él podía ver mis inclinaciones hacia la "alta iglesia" liturgia, le pregunté francamente si no habría ningún problema en mí se convirtiera en un ministro Episcopaliano. Él amablemente dijo que el ser evangélico Anglicano no sería un problema. Aquí está la respuesta a mi dilema. Podría permanecer en un trabajo de enseñanza que me encantaba y ser un ministro en una iglesia con una bella liturgia.

Pero las viejas preguntas aún me molestaban. Aunque he sentido la atracción de la hermosa liturgia, sabía que la cuestión de una Eucaristía válida era la cuestión central. Como yo estaba empezando a ver muchos otros aspectos, había visto que los primeros cristianos lucharon también con esta misma cuestión. Ignacio de Antioquía de nuevo testimonia sobre este problema: "Por lo tanto, se diligente para emplear sólo una Eucaristía. Pues sólo hay una sola carne de nuestro Señor Jesucristo y sólo hay una copa de la unidad en su sangre.

Hay un altar como hay un obispo junto con el presbiterio y los diáconos. El propósito de todo esto es que sus prácticas

estén de acuerdo con la intención de Dios. (Carta a los Filadelfios 4:1). Las palabras de Ignacio asumen que algunos en ese día trataron de celebrar la Eucaristía apartados de la autoridad de la Iglesia unida, que se simboliza y se concreta en el obispo.

El subraya que las ceremonias que son agradables a Dios son los que se han presentado con la autoridad legítima. Esa autoridad se basa en la realidad sobrenatural de la presencia real y corporal de Cristo. Dado que sólo hay un verdadero cuerpo y sangre de Cristo, hemos de saber que la Eucaristía que celebramos contiene de hecho el verdadero cuerpo y sangre de Cristo.

Y la única manera de saber si es, es que la celebración está de acuerdo con la voluntad de Dios. Y la única manera de saberlo es que la celebración está en unión con la autoridad del obispo. Esta comprensión es la única manera de darle sentido de urgencia ("ser diligente"). Sin esta verdadera Eucaristía no hay forma de tener "la unidad en su sangre."

Ahora las preguntas empezaron a converger en mi mente. La cuestión de una Eucaristía válida depende de un sacerdocio válido en virtud de la legítima autoridad de un obispo que viene desde los apóstoles. Para tener una Eucaristía válida tiene que haber una relación histórica con los apóstoles. En otras palabras, ¿qué iglesias poseen la sucesión apostólica? Esto excluye la tradición luterana porque no cree que una Eucaristía válida depende de la sucesión apostólica. ¿Y qué hay de la tradición Anglicana o Episcopaliana? Si bien algunos en la tradición anglicana

creen en la sucesión apostólica, otros no. Además, incluso si se trata de una doctrina establecida en sus credos, esto que no significaría que el sacerdocio anglicano, de hecho, era válido. En mi cabeza, esta evaluación dejada sólo dos opciones: o católica u ortodoxa.

Ayuda en el camino

En este punto, mi viaje a la Iglesia católica fue ayudado de muchos fieles católicos. Un día, sin motivo, un hombre de negocios de California me llamó. Scott Butler tenía diez años menos que yo y aunque había crecido siendo católico, había pasado sus años jóvenes en iglesias evangélicas. Después de haber regresado a la Iglesia, hizo como su misión personal ayudar a tantos ministros protestantes como él pudiera encontrar que estuvieran en su camino a la Iglesia Católica. Después de varios meses de mandarme cintas y libros de los autores católicos, Scott me sorprendió más aún cuando un día en que se ofreció a pagar mi transporte a una conferencia católica en la Universidad Franciscana de Estubenvil, Ojaio.

Todo lo que yo sabía de este centro de la universidad era que un conocido convertido llamado Escot Jan estaba enseñando allí. En ese momento, yo había leído algunos de los artículos y libros del Dr. Jan, así como también había escuchado sus cintas. Cuando me enteré que el sería el conferencista, me llamo la atención y acordé en participar en la reunión. La conferencia fue impresionante.

Me sentí abrumado por el tema y por los oradores llevados por el Espíritu quienes explicaban la fe católica en claros

detalles. Aunque no puede recordar muchos de los detalles dichos ese fin de semana, recuerdo que me impresionó el carácter y la santidad de hombres como Carl Keting, el doctor Alan Escreck, Tomas Houard y Piter Krift.

En uno de los períodos de preguntas y respuestas, Fader Rey Railand me dijo algo que siempre me había golpeado. Por más de veinte años me había preocupado por la unidad de los cristianos. Muchas veces lamenté las divisiones entre los cristianos, y había visto pocas esperanzas de superar para siempre esas divisiones.

En mi Presbiteriano modo de pensar, todo lo que podría esperar para un mayor amor a través de las fronteras confesionales. Mi creencia acerca de las diferencias entre los cristianos protestantes parecía demasiado grande para esperar cualquier unidad de organización en un sentido. Alguien preguntó Fader Railand si es necesario minimizar distintivos Católicos con el fin de lograr una mayor unidad de los cristianos. Yo esperaba que Fader Railand dijera Sí, porque en mi forma de pensar simplemente no había otra manera. Me sorprendí cuando Fader Railand subrayó que no sólo no era necesaria, sino que además sería perjudicial quitar importancia a los elementos de la doctrina católica, a fin de ganar otros cristianos. Dijo también que la unidad sólo puede lograrse cuando los cristianos de todo tipo se sometan a la verdad enseñada por Cristo. Fuera de Cristo no puede haber una verdadera unidad de los cristianos. Y puesto que los católicos creen que la fe católica representa la plenitud de la cristiandad, sería perjudicial para otros cristianos omitir algo de lo que Cristo enseñó.

Aunque en un principio conmocionado, me encontré feliz de que él fuera tan honesto y directo. Más tarde, se reflexionó en un versículo de San Pablo que me acordé de los estudios en mi universidad: primera a Corintios 1:10, " Les ruego, hermanos, en el nombre de Cristo Jesús, nuestro Señor, que se pongan de acuerdo y superen sus divisiones; lleguen a ser una sola cosa, con un mismo sentir y los mismos criterios."

La solución de Pablo a la división en la iglesia de Corinto no era restar importancia a las diferencias entre los cristianos, sino insistir en la necesidad de buscar la unidad de credo o doctrina. He oído. Padre Railand confirmar algo que yo ya había sospechado. La fe católica no se trataba de comprometer la verdad - a pesar de que había oído de otros sacerdotes católicos debilitamiento de la fe -, sino que se trataba de abrazar la plenitud de la enseñanza de Jesús. Esta profundidad de la convicción me gustó. Se fortaleció mi determinación de encontrar la Iglesia que Cristo había fundado, la Iglesia que enseñaba la plenitud de la fe.

Mi viaje de verano a Estubenvil me trajo otras dos inesperadas sorpresas. Un día en el almuerzo en la cafetería de la universidad me senté y comencé a hablar con un hombre acerca de ciertos puntos teológicos que había oído esa mañana. Cuando comenté algo que el padre Bernard Lonergan había escrito, no tenía idea de que él me estaba hablando. Yo ingenuamente supuse que cualquier católico debería haber oído hablar de este gran teólogo Dominicano.

Además se sentó a mi lado una mujer mayor que conoce de la labor de Lonergan y empezó a comentar los puntos de la doctrina católica en una brillante e inteligente manera. Mari Jutras fue sólo la persona que necesitaba para cumplir en ese punto en mi vida. No sólo fue ella conocedora de la teología, pero era cálida y amable. Ella confirmaba la labor del Espíritu Santo en mi vida, de hecho, podía verlo mejor que yo. Esto de alguna manera me impresionó como una verdadera católica hace evangelismo, respondiendo a mis preguntas pacientemente lo que fue realmente bueno. En los siguientes años, Marie Jutras se convertiría en la más importante católica en mi viaje a la Iglesia. Ella llamó fielmente nuestra casa cada mes a ofrecer toda la asistencia que podía. No me cabe duda de que sus oraciones, regalos materiales y personal bondad fue lo que permitió que las verdades estaban aprendiendo con mi cabeza llegaron a lo más profundo de mi corazón. No importa lo mucho que pueda convencernos la verdad en nuestra cabeza, tenemos que verla vivida en la gente que nos rodea.

La otra persona que conocí ese verano fue a Marcus Grodai, otro ministro presbiteriano que estaba a punto de unirse a la Iglesia. En el transcurso de los siguientes años, Marcus se acercó a mí y me ofreció constante apoyo y amistad. Su experiencia como ministro presbiteriano más de una vez me hizo oír lo que necesitaba para entender y resolver la lucha interior que tenía ya que él había estado en una situación similar. Marcus sabía de las vacilaciones, las dudas e incluso el temor a lo desconocido a que se

enfrentan los ministros que contemplan llegar a ser católicos.

Estos fieles católicos eran como poco "sacramentos" para mí, incorporaciones del amor de Dios ayudándome en el camino. Sin embargo, yo sabía que la personal de la bondad de las personas, no importa cuán atractiva o entrañable, no podía ser la base final para mi decisión. Necesitaba saber la verdad. Nada más ni menos sería suficiente.

Del éxito al sufrimiento

El invierno de 1993 le vi otra dimensión a mi viaje la cual habría soñado. Conocí a un sacerdote que sabiamente se ofreció a darme la dirección espiritual y me presentó a los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. En ese momento, mi hambre espiritual era tan intensa que devoraba libros sobre la espiritualidad católica. Nunca me había encontrado las profundidades de la visión espiritual en mi propia tradición que la encuentre en estos libros. En el verano de 1993 yo estaba listo para un retiro ignaciano. Al ser un hombre de familia con múltiples responsabilidades que simplemente no podía tomar treinta días para un retiro como un sacerdote jesuita. Aún así, mi corazón ardía por tiempo para encontrar el camino de Jesús a la manera que Ignacio había descrito. Tuve que encontrar una manera.

La providencia de Dios me llevó a encontrar un libro de André Ravier titulado Ejercicios Espirituales, hágalos en su hogar. Esta fue la solución a mi dilema. En el transcurso de treinta días en el verano de 1993, mi esposa y yo

caminamos a través de una auto dirigido retiro ignaciano, con la meditación diariamente en la vida de nuestro Señor Jesús. Como Ignacio había enseñado, le suplique a Dios por una gracia de conocer el corazón de Cristo y la fortaleza para seguirlo. En la tercera semana del retiro, meditamos sobre la Pasión de Nuestro Señor, su sufrimiento y su dolor.

Fui especialmente movido en la meditación sobre la agonía de Jesús en Getsemaní (Marcos 14: 32-42). Por alguna razón, durante mucho tiempo ha atraído a este evento en particular en la vida de Jesús desde mi conversión cuando yo era un muchacho hace más de veinte años antes. Fue durante ese retiro ignaciano que entendí el por qué. Empecé a ver que Jesús quería que entraré en su sufrimiento y de compartiera su pasión. Durante mucho tiempo, yo había creído que la agonía de Jesús fue su sufrimiento por mí, ahora vine a entender que su agonía la debía compartir también como mi sufrimiento. Mi corazón comenzó a sentir ahora su lucha, su fragilidad humana, y su determinación de hacer la voluntad de su Padre (cf. Mc 14: 36). Mientras meditaba sobre la agonía de Jesús escribí algo como esto en mi diario de la oración: Señor, yo tengo un poco más de cuarenta años y nunca he realmente conocido el sufrimiento. Y lo que sufrimientos he soportado y he creído que me entregarías con él. Ahora comprendo que la participación en su sufrimiento es un privilegio. Quiero estar contigo en tu agonía si esto me acerca más a Ti. Señor, quiero compartir tus sufrimientos. Esa oración fue increíblemente alentadora y muy peligrosa. Me tomó dos años para entender realmente lo que significaba. Después

de que el siguiente año académico (1993-1994), mi familia y yo no fuimos de Yac-son, Mi-si-si-pi.

La razón era sencilla pero doloroso. Mi simpatía por la Iglesia católica había llegado a ser tan evidente que el seminario no podía seguir tolerando que yo fuera profesor en él. Nadie fue poco amable conmigo, pero todos sabíamos que yo estaba empezando a ser un problema para el seminario. Simplemente no podían tener a alguien allí enseñando que creyera lo que yo creía. Entendí que la situación era imposible. Por mi lado, yo ya no podía suscribir el juramento de fidelidad al que los profesores eran obligados a firmar todos los años. En mi conciencia no podía suscribir a los principios de la iglesia Reformada. Había llegado el momento de irme.

Problemas Familiares

No podría haber sido un momento más inoportuno. Nuestros hijos eran de quince, trece, y once. Para arrancar de raíz y trasladarse a otro lugar, fue lo más decepcionante que hemos hecho. Sin embargo, no había elección. Mientras tratábamos de restablecer nuestra casa de Blumington, Indiana, en el verano de 1994, las dos únicas opciones reales para mí eran ser católico u ortodoxo. Pero eso era más fácil de decir que de hacer. Uno de los obstáculos más difíciles en este viaje fue la renuencia mi esposa a trasladarse al catolicismo o de la ortodoxia. A veces, nos distanciaba, una distancia tan dolorosa para ella como lo era para mí. No obstante, ambos creían que nuestra unidad matrimonial era de la mayor importancia. No

importaba qué tipo de cristianismo íbamos a abrazar, sabíamos que Dios nos quería como una pareja fiel, fiel uno a otro y sobre todo a Él.

Todavía continuábamos orando juntos como pareja y como familia, pero las tensiones en la teología, así como los turbulentos años de la crianza de adolescentes había traído confusión a nuestra casa. Parte de esa confusión fue la incertidumbre de nuestros hijos sobre nuestra identidad religiosa. En ese momento, todo lo que pude decir con seguridad es que son cristianos. Yo podría decir que ellos querían algo más concreto y definido, pero yo no podía darles a ellos en ese punto una definición. Esto nos trajo a mi esposa y a mí una tristeza que nunca había conocido antes.

Las conversaciones de mi esposa y yo nos habían llevado a ver la importancia de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, pero todavía mi esposa tenía muchas preguntas. Ambos queríamos una iglesia que fuera más sacramental de la Presbiteriana, pero ella no se sentía a gusto con ser católica. Nuestro compromiso fue asistir a la iglesia Luterana de la ciudad. Aquí encontramos una acogedora comunidad de fieles cristianos con un pastor a quien recordamos como uno de los mejores cristianos que hemos conocido jamás.

La mayoría de la gente en la iglesia luterana no sabía nada de mi viaje espiritual interno. Siendo que asistíamos fielmente a los servicios de la iglesia, nos hicimos buenos amigos de muchas personas. Unos pocos que sabía que yo

había sido un ministro presbiteriano incluso sugirieron que porque no consideraba la posibilidad de ser pastor luterano. Muchos sólo me consideraban un académico. En aras de la paz familiar, de vez en cuando mi esposa me preguntaba si podría ser feliz con el mayor sacramentalismo de la iglesia luterana. Y si paz de la familia fueron mi mayor objetivo, que habría sido una buena elección.

Yo sabía que no podía convertirse en Luterano en conciencia, no importaba lo mucho que apreciaba la amabilidad que la congregación me brindaba, porque yo creía sinceramente en la sucesión apostólica. La siguiente iglesia a la que me incorporaría sería la que había enseñado y tenía una sucesión de los sacerdotes hasta llegar a los apóstoles. Había sólo dos opciones: o católica ortodoxa. Durante el año académico 1994-1995 había consolidado mi comprensión de la naturaleza apostólica de la Iglesia mediante el estudio de la cuestión del papado.

Misa diaria continuaba siendo una parte de mi vida. Crecí en conocimiento y amor a la Misa diaria asistiendo a las tres parroquias Blumington. En muchos sentidos yo formaba parte integrante de la comunidad católica, pero sólo que eso fortaleció el dolor me sentía porque no podía unirme a la más alta expresión de la vida católica en la tierra - la participación en la Santa Comunión. Este período se caracterizó por un intenso sufrimiento en nuestra familia. Nuestra hija mayor puso bastante mal y fue difícil cuidar de ella. Como hemos tratado de mantener cierta apariencia de vida familiar normal, el dinero está empezando a agotarse. Yo estaba haciendo la investigación sobre historia para

escribir una tesis doctoral de un segundo grado. Este tratado que más tarde se convertiría en un libro sobre la ciencia y la religión.

¿El último obstáculo? El papado

Volví a los cuatro principales pasajes en el Nuevo Testamento que llevaban la cuestión del papado. Durante mucho tiempo, pensé que sólo en Mateo 16:13-20 se podría encontrar ninguna referencia distante sobre el papado, pero luego empecé a examinar otros pasajes también. Los otros pasajes fueron Mateo 18:15-20, Juan 21:15-19, y Lucas 22:31-34.

Sólo puedo indicar algunas características de estos textos que me llevaron a ver la legitimidad del Papado. Sobre todo, me sorprendieron por la singular posición de Pedro entre los apóstoles. La Iglesia católica considera que Pedro fue señalado entre todos los apóstoles para dirigir la responsabilidad pastoral de la Iglesia. Los Papas han seguido este ministerio pastoral universal a través de todas las edades. Este ministerio petrino es uno de los rasgos distintivos de la Iglesia Católica, porque las Iglesias ortodoxas no reconocen una primacía de la jurisdicción para el Obispo de Roma. Yo sabía que en la lucha con estos textos me está cercando a la decisión de ser ortodoxo o católico.

El texto clásico en Mateo 16:13-20 parece sugerir que Jesús está haciendo Pedro la roca o la base sobre la cual se construye la iglesia. Pedro identifica a Jesús como "el Mesías, el Hijo del Dios Viviente." (Versículo 16). A su vez,

Jesús identifica a Pedro como la roca sobre la que está construida la iglesia. Por supuesto, yo era consciente de todos las interpretaciones protestantes sugieren que Pedro no es la roca.

Ahora, yo estaba dispuesto a evaluarlos con una mente abierta. Podría fácilmente rechazar el argumento más débil en contra de un distintivo ministerio petrino que se basa en la diferencia entre Petros (Pedro nombre) y petra. (Roca). La objeción está en que Jesús está estableciendo una distinción entre Pedro y la roca sobre la que la iglesia está construida la Iglesia mediante el uso de dos palabras diferentes. Pero la mayoría de los académicos, incluso los estudiosos evangélicos, comentan que se trata de una interpretación errónea. La verdadera razón por la que Jesús usa la forma masculina Petros es que no se puede llamar a un hombre por un título femenino en la antigüedad griega. Así que, porque Jesús quería llamar a Pedro una roca, hizo uso de la palabra roca como una cualidad de Pedro, esa roca sobre la cual podía construir la Iglesia. El versículo 18 puede ser traducido de esta manera para llevar a cabo el juego de palabras, " 16,18 Y ahora, yo te digo: Tú eres Pedro, o sea Piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las fuerzas del Infierno no la podrán vencer".

También me di cuenta de que el resto del pasaje no tendría sentido si Pedro no está siendo identificado como la roca. En Mateo 16:19 vemos a Jesús dando a Pedro las llaves del Reino de los Cielos "Yo te daré las llaves del Reino de los e Cielos: todo lo que ates en la tierra será atado en el Cielo, y lo que desates en la tierra será desatado en los

Cielos". ¿Si Jesús no hubiera pensado que Pedro era la roca, entonces por qué él le da las llaves del reino? El pronombre *soi* griego es singular refiriéndose sólo a Pedro. El poder de las llaves es dado sólo a Pedro en este pasaje. La frase "atar y desatar" connota la competencia, no sólo un ejemplo o primacía de honor. No es de extrañar que Pedro fuera identificado como la piedra base de la iglesia de Jesús, si la intención de Jesús era que ejerciera el poder de las llaves, es decir, la jurisdicción universal sobre toda la iglesia.

Por supuesto, yo era consciente del argumento protestante de la historia. Por ejemplo, San Agustín, en un punto en sus escritos, interpretó "la roca", como la confesión de fe que Pedro había dado. A partir de esto, los intérpretes protestantes dijeron que la confesión de la fe es la roca, y así todo el que sigue el ejemplo de Pedro por profesan a Cristo como el Hijo de Dios también se convierten en una roca. En este punto, he pensado mucho sobre tendencias entre católicos y protestantes en la lectura de la Escritura. La tendencia protestante, que se hace evidente en mi herencia Reformada, era a leer el texto como o uno o ambos. O bien Pedro es la roca o bien la confesión de Pedro es. Me preguntaba por qué tenemos que leer el texto de esta manera. ¿Por qué no pueden ser ambas a la vez? ¿No puede ser cierto que el contenido de Pedro profesión de Cristo es el fundamento doctrinal de la iglesia, mientras que el mismo Pedro es el fundamento de gobierno de la Iglesia? O mejor, ¿por qué no podemos ver a Cristo como la piedra angular de la iglesia, como dice Pablo en Efesios 2:20, y

que esta fundación tiene manifestaciones doctrinales y gubernamentales?

Esta discusión podría continuar interminablemente, pero concluí que Jesús tenía intención de establecer una iglesia con Pedro, a la cabeza de Ella. Me di cuenta mucho antes de que yo no iba a leer la Escritura en forma reduccionista. Más bien, busca tener la plenitud de significado, y no el menos posible.

El original griego de Lucas 22:31-34 también me convenció. Jesús dice en el versículo "Simón, mira que Satanás ha pedido permiso para sacudirlos a ustedes como se hace con el trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no se venga abajo. Tú, entonces, cuando hayas vuelto, tendrás que fortalecer a tus hermanos.» Pedro dijo: «Señor, estoy listo para acompañarte a la prisión y a la muerte.» Pero Jesús le respondió: «Pedro, te digo que hoy mismo, antes del canto del gallo, tres veces negarás haberme conocido.»". La pregunta natural es: si Satanás quería destruir a todos los apóstoles, ¿por qué Jesús sólo orar por Pedro? ¿No le preocupan los demás apóstoles? Su siguiente declaración explica que, "Y tú, cuando se han convertido, la fuerza de sus hermanos." En otras palabras, Jesús la intención de fortalecer todos los apóstoles a través del ministerio de Pedro. Él tiene una posición singular entre los apóstoles, cuya finalidad será la de orientar y conducir la universidad en el ministerio apostólico. Esto sonaba exactamente igual que el idioma que los Papas han utilizado en el habla de ministerio petrino. La singularidad de Pedro entre los apóstoles, como se indica en Mateo 16

y en Lucas 22, parecía dar sentido a la aprobación en Juan 21:15-19. Este es el conocido pasaje en que Jesús pide a Pedro tres veces si lo ama a él. La mayoría de los expositores de acuerdo en que la triple pregunta corresponde a la triple negación de Pedro a Cristo durante su pasión. Para nuestros propósitos de ahora, sólo tenemos que observar a Jesús hace hincapié en la función pastoral, que Jesús hace de Pedro cuando le dice tres veces, "Apacienta mis ovejas". Pedro necesita entender la relación amorosa entre Jesús y su papel de pastor. La pregunta pertinente es por qué Jesús sólo se dirige a Pedro. ¿Es simplemente porque él es el que lo negó? ¿O fue con la intención de mostrar que Pedro debería tomar su lugar como cabeza y pastor de la iglesia terrenal bajo la autoridad del jefe divino y pastor Cristo? Llegué a la conclusión de que habían muchas pruebas en el Nuevo Testamento sobre el ministerio petrino. Aunque todavía tenía muchas preguntas y detalles que manejar, llegué a creer que la intención del Señor Jesús era que hubiera un pastor con jurisdicción sobre toda la iglesia. Esta posición no se correspondía con el protestantismo histórico y la ortodoxia oriental. Este reconocimiento también me ayudó a darme cuenta de cómo se puede lograr la unidad. Durante mucho me ha inquietado la fragmentación del cristianismo protestante, y hoy también veo la iglesia ortodoxa tampoco logra el tipo de unidad evidente en la iglesia católica. Para mí, sólo había una manera de tener la plenitud de la fe cristiana en una sola Iglesia que abarcara el mundo entero. Era necesario reconocer el centro de la Iglesia bajo un solo

pastor, el obispo de Roma. Mientras yo superaba los últimos obstáculos para convertirse en católico en mi mente, luchaba en mi vida emocional en muchos frentes. La vida emocional de toda nuestra familia estaba en un momento bajo. Domingo de Pascua de ese año, 1995, todo fue menos alegre aun.

Llegó el día, de todo el año cristiano, en el que esperábamos llenar de alegría a nuestros corazones, pero todo lo que pudimos hacer fue ir a la Iglesia casi como muertos. Afortunadamente, en Pentecostés de 1995, estábamos empezando a ver nuestra salida del laberinto en que nos sentimos atrapados. Nuestra hija se estaba recuperando y nuestra familia fue encontrando una estabilidad segura. Luego, en un sólo día, nuestra vida dio otro giro hacia la oscuridad.

Un giro hacia la oscuridad

El 3 de junio de 1995, fue un luminoso y alegre sábado. Esa tarde, me encontraba en mi camino a mi oficina en la Universidad de Indiana para ver algunos de los documentos que habían quedado del anterior semestre. Cuando pase vi un joven sentado en la acera, es lo más que recuerdo, me di cuenta de que estaba vestido con un pesado abrigo de invierno, una cosa extraña teniendo en cuenta que era un día cálido. No había caminado unos cinco metros, cuando descubrí la razón. De repente, escuché a uno de los sonidos más fuertes que he oído en mi vida. Me di la vuelta para ver lo que había hecho ese enorme pun. Era ese joven con una nueve milímetros semiautomática apuntando a mi

cara. Él me disparó de nuevo. Esta vez la bala pasó a través de mi cuello. No tenía tiempo para pensar. Yo corrí hacia el edificio cercano donde él no podía verme. Poco recuerdo, pero un momento después llegó disparó tres veces más buscando matarme. Cinco disparos, sólo uno me dio. Pero no hay duda de que hizo sus daños. La bala recorrió mi cuello muy cerca de mi arteria carótida a sólo dos milímetros de ella. Como el médico me dijo más tarde, si la bala la hubiera atravesado, me habría muerto en cuestión de minutos. La bala rompió mis cuerdas vocales destruyéndome partes de mi garganta. Al final de la tarde de ese día de junio, me hallaba en la sala de emergencia del hospital Blumington con mi familia en pie alrededor altamente angustiada y preocupada. Ellos habían sido acogidos y llevados por nuestro fiel pastor luterano. En ese momento, con mi voz se había ido, todo lo que pude hacer fue escribir en una tablilla de las palabras, "¡Los quiero!"

Después de cuatro días desperté de la sedación y me empecé a dar cuenta de la enormidad de lo que había ocurrido. Mi esposa me contó que me había despertado varias veces durante esos cuatro días, y había dicho varias cosas, algunos coherentes, y otras incoherentes. Pero no recuerdo ninguna de ellas. Yo sí recuerdo despertar y ver a mis padres a mi lado. "Mamá, Papá, ¿qué están haciendo aquí?" Les pregunté. La siguientes semanas sentí que me gustaría aprender mucho de mis padres por su cariñoso cuidado estando permanentemente al pie mío, después de haber volado desde la Florida.

Nada impresiono más mi alma durante esos días que el perseverante y tierno amor de la mujer con la que me casé veinte años atrás. Sharon no de estar a mi lado todo el tiempo mientras yo permanecía bajo sedantes. Ella comía, dormía, vivía con su corazón atado a la mío. Su amor se imprimió en mi corazón de un modo nuevo cuando vi sobre la mesa de noche a mi lado de mi cama toda mi parafernalia católica, que había traído de casa: mi misal, mi rosario, mi oración tarjetas etc. Aunque ella no podía utilizar estas ayudas espirituales para su propio viaje de fe, ella sabía lo mucho que significaba para mí. Para mí eso habló muchísimo, y fue entonces cuando supe que más allá de todas las dudas, de todas nuestras luchas por las verdades de la fe cristiana nunca nos separaríamos. Nuestros hijos todos reaccionaron de manera diferente. Rebeca a sus diez y siete años expresó su confianza en que Dios me salvaría para algo especial. Colin tenía quince. Aunque estaba más tranquilo acerca de los acontecimientos, vi claros signos de amor por mí aunque su adolescencia, nos había distanciado un poco. Pero pasando los días mostró su más profundo cariño por mí. El hermano menor Sharon, estivo Canfield, era oficial de policía en la Florida. Viajó buscando en que podía para ayudar a nuestra familia. Siendo que la policía local no había podido encontrar muchas pistas sobre la identidad del tirador, Steve y Colin fueron un día al lugar de los disparos, para ver si podían encontrar ninguna prueba. Juntos descubrieron algunas vainillas de bala y fue a través de estas que la policía pudo identificar el tipo de arma utilizada. Más tarde, en casa, Colin, al entrar en casa, actuó de una

persona mayor y muy varonil por ayudar a su padre enfermo y asustado.

Rachel tenía trece años en el momento y no sabía que pensar. Pero yo recuerdo haber tenido con ella una bonita conversación un día en la casa de mis suegros, John y June Canfield.

Los padres Sharon nos insistieron a permanecer en su hogar durante al menos una semana porque el periódico local había puesto nuestra dirección en un artículo el día después de los disparos. Temiendo que el agresor pudiera intentar volver y terminar lo que empezó, ellos nos dieron protección y cariño.

Una tarde, Rachel se sentó en el suelo junto a mi silla. Ella se pregunta en voz alta cómo yo podía confiar en Dios tanto en medio de este sufrimiento. Y preguntaba por qué no podía amar a Dios como ella pensó que yo estaba haciendo. Le dije que yo había caminado con Dios durante muchos años y que ella sólo tenía trece. Si ella continuaba buscando a Dios, le dije, ella crecería en la santidad.

¿Una Respuesta a la Oración?

Naturalmente trataba de dar sentido a este evento mientras yacía en la cama del hospital. En mi viaje espiritual hacia el catolicismo, había llegado a entender la noción de sufrimiento redentor. Aunque nunca he eludido el sufrimiento como un cristiano antes, de alguna manera las ideas católicas sobre esta verdad espiritual me parecían más ricas y más profundas. Entonces, ¿por qué Dios

permitió esto en mi vida? Empecé a recordar muchas verdades que me había encontrado en mi búsqueda espiritual. Recordé cómo me había dicho en mi oración en 1993 que estaría dispuesto a compartir los sufrimientos de Cristo en el caso de que esto ayudara a otra alma a acercarse más a Dios.

Las palabras de Pablo regresaron a mí, "Por todas partes llevamos en nuestra persona la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra persona." (2Corintios 4:10). La repetición del apóstol de las palabras "En nuestra persona" me sugirió que mi sufrimiento físico es un medio de revelar el poder de su resurrección a los demás. Este pensamiento me llenó de alegría en mi alma. Me sentía seguro de que este evento, sin importar lo trágico que pareciera, era en realidad una respuesta a mi oración de dos años antes. Yo también pensé que era divinamente extraño que la bala me dañara mis cuerdas vocales, cuando casi todos mis medios de vida dependían de mi voz. Maestro, predicador, orador viajero. Todo ello significaba tener una voz fuerte. Y además, me ha sido bendecido con una voz de tenor que melodiosa y podía cantar alto y poderosamente.

Mi esposa y los miembros de la familia pueden decir cómo estaba de afectado con la fuerza de mi voz, ya que yo cantaba arias de las óperas italianas y canciones de compositores famosos, y lo más amado de todo, los himnos cristianos. No había lugar, público o privado, exento pues ponía las F y las G en la tapa de mis pulmones. Ni había un lugar más sagrado para cantar que mi ducha querida.

Muchas veces mi esposa pedía que, no cantara en la ducha mientras que nuestros niños dormían. Y el acompañamiento inevitable del talento musical unido con pecado original era el orgullo. El Señor no odio mi voz, pero mi arrogancia fue suficiente para tener una cosa que me podría mantener fuera del Reino de los Cielos - . Hoy, mi voz ha sido parcialmente restaurada. Puedo hacer uso de la palabra y puedo hablar de las cosas del cielo - y, a veces, casi de manera celestial -, pero no puedo cantar en los tonos altos y fuertes que antes cantaba. Pero eso está bien, porque ahora tengo un recordatorio constante de que estoy en la necesidad de que una virtud que siempre se me quiere olvidar, la humildad.

Los disparos también han traído a la luz un tercer aspecto de mi viaje, la unidad de los cristianos.

Yo había estado siempre tan preocupado por la falta de unidad entre los cristianos. Había llegado a creer que podría ser el mayor escándalo en la cristiandad de hoy, una opinión que parecía ser compartida por uno de los más grandes Papas de los tiempos modernos, Juan Pablo II.

Cuando mis amigos cristianos se enteraron de esta tragedia, se acercaron con una increíble compasión. Nuestro pastor luterano venia al menos una vez al día a confortar a mi esposa y familia. Sólo más tarde supe que él y su esposa habían conocido también mucho sufrimiento. Muchos años antes, su tercera hija había nacido con síndrome de Down.

Su propia compasión nació de su sufrimiento. Varios pastores evangélicos vinieron a visitarnos, incluyendo el que dirigía la iglesia presbiteriana local que yo había comenzado diez años antes. Muchos amigos Católicos llegaron también.

Todos los sacerdotes locales que había conocido incluidos un par de la de los monjes del monasterio de San Meinrad, en el sur de Indiana. El párroco de la parroquia donde asistía la mayoría de los días de semana y la Misa de vigilia de los sábados vino a administrarme el sacramento de la unción.

Los antiguos estudiantes del seminario estuvieron en el espíritu y comunicándose a través de correo. Marie Jutras, mi compañera de camino del Canadá, enteró a sus amigos del otro lado de la frontera. A través de amigos de amigos, tuve la gente en casi todos los continentes rezando por mí.

¿Qué ocurre cuando la gente sinceramente ora por otros? Ellos se unen en una unión mística entre sí a través de la mediación única de Cristo. Y así supe entonces que en cierta medida mi sufrimiento significaba que los cristianos se habían unido más estrechamente entre sí a través de estar unidos en oración por mí. Eso me hizo muy feliz.

El tiroteo se produjo sólo unas semanas antes de la conferencia anual en la Universidad Franciscana de Estubenvil, la misma conferencia a la que había asistido a un par de años antes. Marcus Grodai llamo para decir que los sacerdotes en la universidad, dirigida por Fader Michel

escanlon, habían decidido ofrecer el sacrificio de la Misa de esa tarde en la conferencia, por mí y mis intenciones.

De inmediato envié una carta de agradecimiento a todos allí, y el doctor Escot Jan tuvo la amabilidad de incluir parte de esa carta en su discurso en la conferencia que se llevó a cabo en el fin de semana.

Después de alrededor de un mes de este evento, mi hermano invito a toda nuestra familia a la Florida para recuperarme. Él es un buen esposo y padre cristiano. Me recordó más de una vez de mi necesidad de perdonar al hombre que me disparó y rezar por él.

El consejo de mi hermano nos golpeó. Sin perdonar a los que nos han ofendido, no podemos esperar a recibir la misericordia porque sólo el que es misericordioso, obtendrá misericordia, (cf. Mat. 5:7).

Durante mi recuperación, el doctor Hahn, instó de nuevo a ofrecer su apoyo y aliento. En el momento en que regresamos a Blumington, yo ya estaba listo para convertirme en un católico en la mente y en corazón.

¿Qué estás esperando?

Después del traumático acontecimiento de los disparos, yo me inclinaba a pensar que la vida me debía contemplar. Las gracias espirituales iniciales que había recibido a raíz de mis dificultades parecían desaparecer. Me di cuenta quería prolongar la intensa atención que estaba recibiendo de otras personas. Estas eran tentaciones de seguir generando lástima. Pero una vez que regresamos

nuevamente en la vida cotidiana en Blumington, las cosas continuaron de la manera que tenían antes de nuestra crisis familiar. De hecho, en muchos aspectos, la vida se puso cada vez más difícil. Mi trabajo de enseñanza fue más laborioso; mi investigación académica se hizo más difícil. Nuestros hijos comenzaron a mostrar los efectos negativos de mi problema. Yo estaba mucho más asustado sobre la vida diaria de lo que yo nunca había estado. Y aunque sabía que quería ser católico, me sentía paralizado, no podía avanzar.

Una noche a la comida, nuestro hijo de dieciséis años de edad, anunció que se quería volar en paracaídas. A mi mujer no le parecía divertido. ¿Por qué quieres saltar de un avión en perfecto estado? Sus palabras tocaron una cuerda sensible en mí. Yo estaba temeroso de la vida. Sabía que tenía que hacer algo al respecto. ¿Iba a seguir siendo una víctima toda mi vida o iba a vencer las dificultades y a poner mi vida en el camino otra vez? Después de un momento de reflexión, le dije a nuestro hijo que me gustaría ir con él. Era algo que podíamos hacer juntos y al mismo tiempo yo podría enfrentar mis temores. Así, un sábado por la mañana empacamos nuestras cosas y nos fuimos al sitio de los paracaídas. Cuando ascendíamos en ese pequeño avión ese día, sentí el miedo en mi alma. Más difícil aun fue cuando tuve que salir del aeroplano a 2500 pies por encima del suelo y pararme en la pequeña plataforma.

Sí, estaba asustado, pero yo sabía lo que tenía que hacer. Ese día fue como un pequeño retiro espiritual para mí. Me

ayudó escuchar mejor a Jesús, que tantas veces dijo, "¡No tengas miedo!"

Otoño se convirtió en invierno e invierno en primavera. Me di cuenta de que mi deseo era volver avanzar. El sentido de urgencia de ser católico creció, pero también aumentó mi dolor porque mi esposa no parecía estar cada vez más cerca de la iglesia.

Hemos orado juntos, hemos asistido a la iglesia juntos, nos amamos y yo quería que nos hiciéramos católicos juntos. Sin embargo, ella simplemente no podía serlo en buena conciencia. Estábamos en un punto muerto.

A principios de primavera de 1996, mi hermano llamó desde Florida para decirme que él pensaba que yo debería regresar a la Florida para estar más cerca de nuestra familia. Soy el único de la familia que me fui de Tampa.

Me hizo hincapié en que pensaba que Dios quería eso de mí. Le dije que me gustaría llevar el tema a mi oración. Sharon y yo hablamos y oramos acerca de la posibilidad de movernos por un mes. Yo estaba vez más convencido de que era algo que debíamos hacer.

Tarde una noche en que no podía dormir, me fui a la iglesia de San Carlos Borromeo a orar. Estaba solo ante el santuario, de rodillas ante el Señor en el Sagrario, y le pregunté: "Señor, ¿qué quieres que haga? ¿Quieres que nos movamos a la Florida?"

"Me dije," yo realmente no quiero trasladarme a la Florida, pero si Tú lo deseas, lo haré.

"En la tranquilidad de esa noche, parecía como si Dios me estuviera pidiendo eso, "Ken, sé que quieres hacer mi voluntad. Pero la verdadera cuestión es lo que tú quieres. En lo profundo de tu corazón, Ken, ¿qué es lo que tu más quieres?" "Yo no tenía que vacilar por un momento. Le dije, "Señor, no me importa regresar a la Florida, pero más que nada en el mundo, yo lo que quiero ser católico." Luego apareció una simple pregunta a través de mi indecisión, "Bueno, entonces, ¿qué Estás esperando?"

Un día trinitario

Esa pequeña voz aún me mueve. Tenía seguir adelante. Hablé con el párroco, el Padre Charles Chisboro y hemos fijamos la fecha del 1 de junio. Pero antes de llegar ese día, tuve una de las más importantes y difíciles conversaciones de mi matrimonio. Sharon y yo nos sentamos en nuestro sofá y como yo le había dicho ya no tenía otra opción. Yo estaba convencido de que la Santa Iglesia Católica es la verdadera iglesia y que fue fundada por Jesús y que yo sería desobediente a Dios si no entraré en ella. Mi conciencia estaba obligada. No podía negarme. Le dije que yo sabía esto sería doloroso, pero de alguna manera ella también sabía que yo tenía que unirse a la Iglesia. Ambos sentíamos muy tristes, pero tenía la sensación de que ella se estaba interponiendo en el camino de la obra de Dios si ella trataba de interponerse en mi camino. Decidimos que ella continuaría a asistiendo a la Misa conmigo el sábado por la noche (como ya lo hacía desde hace dos años), y que yo asistiría a la iglesia luterana con ella. Nos pareció que se

trataba de un inevitable "separación", pero que no duraría para siempre.

Les conté a mis amigos católicos que habían rezado tanto tiempo por nosotros. Estaban muy contentos. Marie Jutras, la devota mujer católica que se reunió en Estubenvil, me dijo que ella vendría. Ella trajo un amigo, un compañero profesor de escuela católica que estaba a punto de entrar en el seminario para estudiar para el sacerdocio. El 1 de junio de 1996 fue un hermoso día de verano.

Casi un año después del trágico tiroteo, y más de cuatro años después del día en que yo había arrodillara en San Pedro en Yac son, Mi si si pi, mi deseo de ser católico se hacía realidad. Tres importantes eventos se habían unido para hacer que un día muy especial. Era mi cuadragésimo cuarto cumpleaños. Y con corazones agradecidos, nos alegró mucho, además que nuestra hija mayor, Rebeca, se graduaba de la escuela secundaria.

Pero además de todo, ese día fui recibido y confirmado en la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica, en la parroquia de San Carlos Borromeo por mi pastor, el Padre Charles Chisboro.

Muchos de mis amigos católicos asistieron. Lo que me sorprendió gratamente fue que algunos de mis amigos protestantes, entre ellos el hermano mayor Sharon quiera era muy cercano a mí por largos años. Más tarde esa noche, mis parientes políticos organizaron una celebración en su hogar para celebrar estos tres eventos.

Tenía tantas razones para estar agradecido ese día: mi vida, mi esposa, mis hijos y mi familia más amplia. ¡Todos eran (y son) preciosos regalos! Lo más especial de ese día fue recibir la Santa Comunión, por primera vez, como un católico. La Eucaristía que me había llamado y me había convertido ahora mi tesoro era tenerla. Mucho antes yo había empezado a hacer la señal de la cruz, pero sólo ese día, ese gesto tenía el profundo significado que yo conocía cuando al fin llegaba al hogar. Ahora yo ya estaba en el interior del arca de la alianza, la barca de Pedro, como llaman a la Iglesia los Padres de la Iglesia. Ahora estaba más plenamente incorporado en el misterio que es Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.